

mil años despues repitió la filosofía francesa: libertad, igualdad, fraternidad de los hombres; pero ocultó por algun tiempo ese dogma en el fondo del alma de los cristianos. Demasiado débil en sus principios para ponerse en frente de todas las leyes civiles, dijo á las potestades: "Os dejo aún por algun tiempo el mundo político y me encierro en el mundo moral; continuad, si podeis, encadenando, clasificando, subyugando y profanando los pueblos; yo voy á emancipar las almas; acaso tardaré dos mil años en regenerarlas ántes de brotar en las instituciones; pero vendrá un día en que mi doctrina dejará el templo y entrará en el gobierno de los pueblos; ese día será regenerado el mundo social," (1).

¿Ha leído M. Lamartine alguna vez los Evangelios? ¿Ha abierto alguna vez las Epístolas de San Pablo? Se podría poner en duda, al ver el retrato del cristianismo primitivo que acabamos de copiar. No hay una palabra en la predicacion de Jesucristo que se parezca á esas bellas frases; no hay una palabra de Cristo que indique su pensamiento de emancipar á los pueblos; mandó á sus discípulos que dijeran al César lo que es del César (a). El gran crimen de la antigüedad, la esclavitud, le preocupó tan poco que ni siquiera pronunció la palabra; fué su discípulo San Pablo el primero que se dirigió á los esclavos; ¿y qué les dijo? Que debían preferir la servidumbre á la libertad. ¿Es que Cristo previó por lo ménos que la buena nueva regeneraría un día al mundo? Pensó tan poco en ello como que estaba convencido del próximo fin del mundo. Hé aquí como, con ayuda de algunas palabras y con una ignorancia completa de las cosas de que se habla, se llega á vestir á Cristo de revolucionario (b).

(1) LAMARTINE, *los Girondinos*, lib. 1, núm. vi.

(a) Los volterianos, que se complacen en sutilezas graciosamente dichas sobre la corteza de las cosas, es decir, sobre la letra que mata, y que creen haber muerto una idea cuando han destrozado la forma de un razonamiento por medio de una bonita frase, se irritan contra todos los que debajo de la corteza ven el fondo, y abandonando la letra buscan el espíritu y encuentran ideas y verdades sustanciosas que ellos no han visto ó no han querido ver. No era otra la causa de las acerbas invectivas y hasta groseros insultos de Voltaire contra Rousseau. Laurent se deja llevar aquí de ese enojo contra Lamartine, y más adelante contra Lamennais. Pero Laurent sabe bien que no son estos solos escritores de genio y de sólida instruccion los que han visto en la doctrina del Cristo lo que éstos han visto y mucho más. Si Laurent no lo ve, es muy de sentir para él; pero no le da derecho para llamar visionarios é ignorantes á tan distinguidos escritores.—(N. del T.)

(b) Para demostrar la injusticia ó la obcecacion de Laurent en esta parte bastará citar aquí lo que él mismo dice al hablar

Si hemos de creer á Lamartine, las palabras de libertad, igualdad y fraternidad acreditan la identidad del cristianismo y de la Revolucion. ¿Y si se le pidiese que mostrara en los Evangelios la palabra libertad, ó la cosa, en defecto de la palabra? Ni aún se encuentra allí la palabra igualdad; sólo hay la de fraternidad. Aquí triunfa M. Lamartine: "La filosofía política de la Revolucion no llegó á inventar una palabra más verídica, más completa y más divina que el cristianismo para revelarse á la Europa; adoptó la palabra y el dogma de fraternidad." Una cosa turba por un momento á nuestro poeta historiador: sabe que el siglo XVIII atacó al cristianismo, y acaba de asistir á las orgías anticristianas de la Revolucion: ¿cómo explicarse que la Revolucion sea á la vez cristiana y anticristiana? Nada más fácil; el siglo XVIII y la Revolucion tomaron su política del cristianismo, y le negaron al despojarle. Esa es la explicacion de los católicos que sentimos hallar en boca de un escritor de genio. Eso prueba que la ciencia no sentaría mal al talento. Los Padres de la Iglesia acusaban también á los filósofos de haber plagiado la doctrina de Moises; ¿y qué nos enseña la historia? Que los pelagianos no conocían siquiera á los que podían ser plagiados, y que si hubo préstamos entre la filosofía y la religion, es la revelacion la que pidió al espíritu humano la creencia fundamental de una vida futura (a).

Las palabras tienen su destino. Es fácil construir sistemas con palabras elásticas tales como las de libertad, igualdad y fraternidad. ¿Por qué los escritores católicos no habian de hacer lo que veían hacer á los escritores revolucionarios? M. de Carné es un historiador un poco más serio que Lamartine; pero cuando se trata de conciliar cosas inconciliables, la ciencia se ve obligada á recurrir á expedientes, y entonces se escriben enormidades como esta: "La fraccion mejor inspirada de la Asamblea constituyente fué aquella que hizo derivar su doctrina como una emanacion fecunda de aquella vivificante inspiracion cristiana, muchas veces reflejada en los tra-

del cristianismo en la parte cuarta de sus *Estudios*: "Á los ojos de los gentiles, los cristianos eran revolucionarios que á nada ménos tendían que á rehacer el mundo." Y no se equivocaban. La misma Iglesia no vaciló en escribir despues: "Recadant vetera, nova sint omnia."—(N. del T.)

(a) Esa asercion es gratuita: el mismo Laurent, que plantea la hipótesis en las partes primera y cuarta de sus *Estudios*, no encuentra datos fehacientes para resolverla en sentido afirmativo.—(N. del T.)

bajos de la Asamblea, aún cuando ésta queria desconocer obstinadamente la fuente." Nosotros admiramos el poder de la ilusion que llega hasta representar á Mirabeau como un cristiano, cristiano que no sabe que lo es (a); poco más ó ménos como lo era Voltaire cuando terminaba sus cartas con aquellas palabras siniestras que tuvieron tan terrible eco en 93: Aplastad la infame (b). Alguna vez se ve uno tentado á creer que hay otra cosa más que ilusion, que hay cálculo en esa alteracion de la historia. ¿Cómo un escritor que se respeta puede decir falsedades como esta, que la libertad de conciencia y la libertad de pensamiento son máximas que han madurado al sol del cristianismo? (1).

Duda uno dar crédito á sus ojos, pero comprendemos que un revolucionario que maneja la lógica como una hacha se haya complacido en poner de manifiesto todo lo que hay de absurdo en la opinion cuya genealogía acabamos de exponer (2). Mientras que se permanezca en la vaguedad, el oropel de las palabras hace un efecto maravilloso, sobre todo cuando es Lamartine quien maneja la pluma.

(a) Se equivoca Mr. Laurent: Mirabeau es contrario á su tesis; es Mirabeau el que, en un discurso meditado y escrito, y con acento verdaderamente religioso, pronunció ante la Asamblea estas sacramentales palabras que, como dice Edgar Quinet, pesan tanto como un mundo: "La Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son las bases inseparables de la verdadera legislacion y el fundamento eterno del estado más perfecto del género humano." Y vuelvo á decirlo: los padres de la Revolucion sabían mejor que Mr. Laurent de dónde venían, adónde iban y cuáles eran los fundamentos sólidos del edificio que levantaban. Laurent quiere sustituir el granito y el cuarzo con barro y arena. Nada me sería más fácil que demostrárselo, pero necesitaba escribir un libro.—(N. del T.)

(b) La manía de negar al cristianismo su innegable influencia en la emancipacion del hombre y en los progresos de la humanidad, á despecho de las Iglesias y de las escuelas que han desnaturizado ó desvirtuado, corrompido ó desconocido su verdadera doctrina, hace aquí á Laurent más volteriano que Voltaire. La infame para éste era la supersticion, no la religion. Pero Laurent, que hace anticristiano ó poco ménos á Milton, ¿qué extraño es que lo haga á Voltaire? De modo que Laurent emplea en todo y para demostrar su tesis el siguiente sofisma: "Los católicos, porque materializan la doctrina de Jesus, no son autoridad, no son buenos intérpretes de esa doctrina, no han podido hacer nada bueno en favor de la libertad y del progreso. Los protestantes y los publicistas á lo Montesquieu, y los filósofos á lo Huet y Lamennais, y los poetas á lo Milton y Lamartine y Victor Hugo, tampoco son autoridades ni buenos intérpretes de la doctrina del Crucificado por más que digan: se llaman cristianos, y no lo son, porque aquella doctrina era para el otro mundo, y esos escritores y otros cien más por el estilo quieren aplicarla á éste. Luego nada bueno se debe al cristianismo; todo se debe á los Bárbaros y á los filósofos."—Aparte del sofisma, ¿no presentia Laurent que el probar demasiado sería no probar nada? ¿Que su exageracion es otro fanatismo que desautorizaría sus palabras? Esto aparte del error fundamental que entrañan y que las hace funestas al principio mismo en cuya defensa las escribe.—(N. del T.)

(1) DE CARNÉ, *la Burguesia y la Revolucion francesa* (Revisita de los Dos Mundos, 1850, t. II, p. 676, 678).

(2) PROUDHON, *de la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, tomo II, p. 363-370.

Pero cuando se desciende del séptimo cielo de la fantasía á la tierra, y cuando se pregunta cuáles son las ideas de libertad que proceden del cristianismo, se queda uno aturrido de oír á M. de Carné asegurar en su remontado estilo que la libertad de pensar y la libertad religiosa han madurado al sol del cristianismo. Se ve uno tentado de preguntar al académico francés si el sol que ha madurado la libertad de conciencia serian, por ventura, las hogueras de la Inquisicion. Si, las hogueras encendidas por la Iglesia han esparcido las herejías y la filosofía, como la sangre de los mártires fué la semilla del cristianismo. Pero nunca se ha atribuido el mérito de ese beneficio á los verdugos paganos. Los zurdos defensores del cristianismo no llegarán tampoco á dar esa patente á los verdugos cristianos.

Si hemos dado á nuestros lectores el disgusto de la fraseología histórica, sentíremos haberles enojado; la medicina es alguna vez tanto más provechosa cuanto es más amarga. Ya es tiempo de dejar esa vaga fraseología para hacer un estudio serio de la cuestion acerca de las relaciones entre la Revolucion y el cristianismo. Permitasenós decir, ántes de terminar, que los hombres que aman los principios del 89 hacen un singular regalo á los revolucionarios, representándoles como sucesores de los apóstoles. Los enemigos de la Revolucion convienen en que procede de la filosofía del siglo XVIII (a). Pero si la Revolucion es cristiana, habrá que decir que los Voltaire y los d' Holbach eran cristianos. Pero como los libres pensadores, así como sus discípulos, tenían la ambicion de destruir el cristianismo, hay que añadir que han hecho cosa diferente de lo que han querido hacer. Esa paradoja, llevada á su última consecuencia, era una injuria para los hombres del 89, así como para sus maestros, los libres pensadores; es tanto como decir que la filosofía y la Revolucion son idénticas á aquello que han creído combatir, lo cual equiva-

(a) Y los revolucionarios, así en Francia como en Inglaterra, y en Italia como en España y en todas partes, han declarado que las doctrinas que defendían y querían llevar á la práctica tenían su base y su raíz en la doctrina del Crucificado. Laurent afecta escandalizarse de que se llama revolucionario á Jesus, y quiere, sin embargo, que se tenga por tal á Voltaire, que odiaba á la plebe y adulaba á los reyes y á los príncipes. Quiere que Voltaire no sea cristiano, y afecta no conocer que en *Zaida*, la mejor de sus obras, tal vez brilla sobre todo el sentimiento cristiano. ¿Y qué dice de sólido y trascendental el mismo Laurent que no lo haya bebido en las fuentes del cristianismo? ¿No lo quiere llamar así? Pues se engaña á sí propio.—(N. del T.)

le, dice con razón M. Michelet, á tratarlos de imbeciles é idiotas (1). No, no se llegará jamás á persuadir á la humanidad que Voltaire era un idiota y Mirabeau un imbecil (a).

M. Michelet mismo no está enteramente libre del yugo de una paradoja que amenaza llegar á ser un axioma, gracias á la ligereza francesa, puesto que dice que el cristianismo y la Revolución están de acuerdo en el sentimiento de la fraternidad humana: "Jesucristo encontró la fraternidad encerrada en la ciudad y la esparció por todo el mundo cristiano. Hija del cristianismo, la Revolución la enseñó á todo el mundo, á todas las razas, á todas las religiones que alumbró el sol" (b). Hé ahí todavía uno de esos lugares comunes de nuestra literatura que hay que aceptar con reserva. No, el cristianismo (entiéndase bien, el cristianismo tradicional) no predicó la fraternidad humana, predicó la fraternidad de los creyentes; rompió los límites estrechos de la ciudad, y los reemplazó con una nueva muralla, más funesta hasta cierto punto. Los ciudadanos de Esparta y de Roma despreciaban á los Bárbaros, á los que no reconocían ningún derecho. En la cristiandad hay también Bárbaros; son los que se separan del dogma oficial, y se les llama herejes y libres pensadores. ¿Qué hace la Iglesia de esos hermanos extraviados? Para ella no son hermanos, son casi Bárbaros; son criminales que merecen la muerte en esta vida, mientras que Dios pronuncia contra ellos la sentencia de muerte eterna. Tal es la fraternidad cristiana (c). ¿Es ese el

(1) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. I, p. XXX; tomo II, p. 555.

(a) Ciertamente no. Pero con seguridad ni Voltaire ni Mirabeau habrían sostenido la tesis de Mr. Laurent. — (Nota del Traductor.)

(b) Michelet es también otro iluso para Laurent. Pero como no ignora que son muchos los escritores demócratas y áun libres pensadores que opinan como Michelet, acude aquí Laurent á la consabida evasiva: «Hablo del cristianismo tradicional»; pero esto á reserva de que si le hablamos del cristianismo de Cristo, nos diga: «Esa es doctrina para el otro mundo; no tiene alcance social, ni Cristo pensó en ello; además, es funesta á la sociedad por demasiado espiritual». Por donde resulta que, con subterfugios y distingos unas veces, y con involucrar Iglesias y doctrinas otras, y con juzgarlas y censurarlas por lo que tal ó cual escritor ó pontífice haya dicho, Laurent combate el cristianismo más absoluta y desconsideradamente que todos cuantos adversarios ha tenido hasta hoy. — (N. del T.)

(c) Aquí cuadraba mucho mejor la distinción entre la doctrina evangélica y la del cristianismo tradicional; porque ¿qué hay de común entre la Inquisición, la doctrina de Jesús y la conducta de los apóstoles? Sin embargo, aquí no hace Laurent distinción alguna, y lanza el anatema que merece la Inquisición contra la fraternidad cristiana. Así es toda la argumentación de Laurent. — (N. del T.)

amor ardiente de la humanidad que inspiraba á los filósofos del siglo XVIII, y que animó también á los hombres del 89 y áun á los del 93? En otra parte hemos respondido á esta cuestión (1). La fraternidad de la filosofía y de la Revolución no tiene nada de común con la fe: ve un hermano donde ve un hombre, y está tan lejos de proceder del cristianismo, que ha tenido que romper con el cristianismo tradicional para que la idea de la fraternidad humana pudiese nacer y desarrollarse (a).

Lo mismo en la Revolución que en la filosofía, además del sentimiento de fraternidad hay otra cosa; hay el soplo de la libertad, tan poderoso en 1789; después hay la libertad mal comprendida, que se confunde con la soberanía del pueblo y con determinada forma de gobierno, la república, donde parece que reina el pueblo; hay también la igualdad, que, en los buenos días de la Asamblea constituyente, significaba solamente el goce igual de derechos comunes, pero que, desviada bien pronto de su camino, llegó á la negación de la individualidad humana. Este inmenso debate no puede resolverse con frases banales. Las palabras no nos enseñarán nada; y si nos detenemos en ellas, será inútil lo que haya de bienhechor en la Revolución, y el mal que en ellas se oculte continuará haciendo sus estragos. Es necesario penetrar en las entrañas del cristianismo y de la sociedad moderna para ver lo que nuestra civilización debe al Evangelio y para asegurarse si en el pan de la vida se halla mezclado algún veneno latente. Antes de todo es bueno conocer las pretensiones del catolicismo ortodoxo; en él se une lo ridículo á lo absurdo; ello servirá un instante para desarraigar el ceño sobre un asunto de tan alta gravedad; es un castigo que la historia tiene derecho de imponer á una Iglesia que, restaurando lo pasado, querría poner la humanidad bajo el yugo más humillante, cual es el de un sacerdocio ambicioso y avaro.

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad (Filosofía del siglo XIX)*.

(a) Tiene razón Laurent: la fraternidad de los filósofos no se parece á la fraternidad enseñada por Cristo. Voltaire hizo una guerra implacable á Rousseau en nombre de la fraternidad filosófica. La fraternidad cristiana era otra cosa, según Jesucristo. La de los inquisidores y neo-católicos debe ser parecida á la fraternidad volterriana. — (N. del T.)

## N.º 2.—Las pretensiones de los católicos.

### I.

El siglo XVIII hizo una guerra á muerte al cristianismo tradicional. De ello se le ha hecho un crimen, diciendo que la corrupción de costumbres y la frialdad de corazón engendraron la incredulidad. No, son los abusos, los vicios del catolicismo los que encendieron la cólera de Voltaire y que le dictaron aquel grito de rebelión: *Aplastemos la infame*. ¿Cuáles eran sus cargos contra la Iglesia y contra la religión que se tenía la imprudencia de identificar con la Iglesia? El primero de todos era el de que la religión oficial se oponía á la libertad de pensar. ¿Hay libertad alguna posible sin la libertad de pensar? ¿No es ese el más natural y el más sagrado de nuestros derechos? Los filósofos combatían, pues, la religión cristiana como aliada y cómplice del despotismo. ¿Qué responden sus defensores? Nada más curioso que su apología. En otra parte dirémos (1) y lo probaremos que los apologistas del cristianismo son sus más peligrosos enemigos, porque la debilidad de la defensa depende contra una religión que no puede ser defendida más que con argumentos de los cuales acabarán por reírse los niños. Si eso es así en el terreno religioso, ¿qué será en el terreno de la libertad política?

Oigamos al abate Bergier, el único defensor que la Iglesia halló para oponerle á sus formidables adversarios; quiere probar contra Voltaire que es al cristianismo á quien se deben los gobiernos libres. ¿Y qué prueba ofrece? El código Teodosiano y el código de Justiniano, redactados por principios cristianos (2). ¡Delicioso descubrimiento! ¿No había abierto nunca el abate Bergier la colección de las constituciones imperiales? ¿Ignoraba que esas constituciones son el ideal del régimen despótico? ¿No había leído en ellas que todo lo que agrada al príncipe tiene fuerza de ley? ¿No había leído en ellas que el pueblo había transferido su poder al príncipe? De suerte que el emperador podía decir,

(1) Véase la parte décimacuarta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) Abate BERGIER, *Diccionario de teología*, en la palabra *Gouvernement*.

con más justo título que Luis XIV, *el Estado soy yo*. ¡Y es esa doctrina, que, áun suponiendo al pueblo soberano, no deja sombra de libertad á los ciudadanos, la que se invoca para probar que se deben al cristianismo los gobiernos libres! (a).

Si esa demostración no satisface al lector, hé aquí otra autoridad que nuestro sabio apologista opone á los filósofos. En el siglo XVII escribió Bossuet una *Política tomada de la historia santa*, y esa *Política* es la que invoca el abate Bergier en apoyo de su tesis (1). Bossuet, idólatra de la monarquía francesa, buscó y halló en la Sagrada Escritura la teoría del gobierno, tal como lo veía ejercido por Luis XIV; era la teoría del poder divino, irresponsable, confiado al príncipe, la teoría de la obediencia pasiva, ciega é ilimitada. ¡Y es esa doctrina del despotismo, aprendida en la palabra de Dios, la que el abate Bergier cita para probar que el cristianismo ha fundado los gobiernos libres! Sí, dice nuestro abate, porque Bossuet dice que el poder debe ser absoluto, pero añade que no debe ser arbitrario. ¡Como si el verdadero carácter del poder absoluto no fuese el ser arbitrario! El rey no puede hacer todo lo que quiere, dice el abate Bergier. Muy bien; pero si hace lo que no debe hacer, ¿dónde estarán las garantías contra ese poder absoluto? ¡Las garantías! Esa palabra está proscrita de la *Política sagrada*. El rey no es responsable ante persona alguna, y haga lo que haga, los súbditos tienen el deber de obedecerle. ¡Y no es eso un gobierno arbitrario! ¡Y es eso un gobierno libre! ¿Hemos hecho mal en decir que esos desgraciados apologistas comprometen la causa que quieren defender?

La doctrina del abate Bergier es hoy la de los neo-católicos; y si no citan ya los códigos de Teodosio y de Justiniano, y si no invocan ya la *Política* de Bossuet, no por eso sostienen con menos aplomo que el catolicismo es la religión de la libertad (2). Á fuerza de ser repetida, acaba la mentira por pasar como verdad. ¿Cómo dudar de ella, cuan-

(a) ¿Y no ha encontrado Laurent á nadie más que al abate Bergier que sostenga con mejores argumentos que éste la tesis que quiere combatir? ¿O es que para salir victorioso le han parecido de molde los pobres argumentos y más ruines pruebas del abate Bergier? Á la legua se conoce que Laurent ha elegido á su adversario buscándolo con un candil. — (N. del T.)

(1) Abate BERGIER, *Diccionario de teología*, en la palabra *Libertad política*.

(2) MONSEÑOR GAUME, *la Revolución*, t. v, p. 122.